

Las voces mayores
Por Mauricio Díaz Calderón



escuela virtual
.....
HISTORIAS EN
YO MAYOR
.....

Las voces mayores

Por Mauricio Díaz Calderón¹

Hace unos meses, en septiembre de 2023, tuve la oportunidad de moderar un encuentro en la Fiesta del Libro de Medellín. Era un conversatorio titulado *Historias en Yo Mayor: Las voces de las personas mayores*, en el que platicaría con dos mujeres que habían participado en la Escuela de Historias en Yo Mayor. El objetivo era dialogar y reflexionar sobre los aparentes logros que estaba consiguiendo la Escuela en sus participantes desde que inició en junio de 2020. A pesar de ser uno de los coordinadores del proyecto, debo confesar mi grata sorpresa al escuchar algunas de las reflexiones que hicieron las invitadas ese día: perspectivas sobre los beneficios que otorgaba el proceso y de las que yo aún no había sido plenamente consciente.

Una de las invitadas era Julia Reyna Durán (1947). A ella ya la había conocido cuando fue finalista del concurso de Yo Mayor, en 2017, pero no tenía idea de que era una reconocida trabajadora social, profesora e investigadora de la Universidad de Caldas y la Universidad de Antioquia. La otra participante era Margarita Peláez, socióloga, activista social, exdecana de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia, que había conocido el proyecto por casualidad apenas en 2021.

Es decir, solo hasta ese momento caí en la cuenta de que dos mujeres que llevan décadas en el sector académico, autoras de diversas investigaciones, habían sido “alumnas” nuestras en este proyecto; y ambas lo avalaban y reconocían como un espacio que cambió sus dinámicas en pandemia, su relación con la escritura y avivó su necesidad de recordar. ¿Qué era lo que habíamos logrado erigir en la Escuela Yo Mayor?

El origen

Todo empezó en marzo de 2020, cuando anunciaron que las personas mayores de 70 años debían aislarse por prevención al COVID-19. En un tiempo récord, organizamos entre las fundaciones Saldarriaga Concha y Fahrenheit 451 un proyecto que generara espacios de esparcimiento virtuales para que el adulto mayor pudiera participar desde su casa. En cuestión de dos o tres semanas, mientras iban anunciando medidas más severas de aislamiento para todas las edades, nosotros estábamos revisando todo el material escrito y audiovisual que recopilamos entre 2011 y 2018 cuando *Historias en Yo Mayor* era un concurso de cuento y narración oral.

La premisa era clara: siguiendo la línea de trabajo que ha caracterizado a la Fundación Fahrenheit 451 con la literatura como herramienta de cambio social, crearíamos una serie de

^{1*} Comunicador social y periodista, Magíster en Estudios Culturales. Subdirector de la Fundación Fahrenheit 451. Docente de la Universidad de La Sabana.

talleres virtuales, cuyas temáticas provendrían directamente de los tópicos que identificamos en el análisis de decenas de cuentos escritos y narraciones orales recopilados en los libros compilatorios del Concurso de Yo Mayor. Y así fue, en total construimos siete cartillas y siete videoguías con temáticas muy diversas, que pueden abordarse desde múltiples perspectivas para reflexionar del amor, la infancia, la tradición, los anhelos, la nostalgia, etc.

Para esa primera versión, en una convocatoria rápida, que contó con la difusión de El Tiempo, logramos que se inscribieran más de 200 personas de toda Colombia, incluso de otros países como Venezuela, República Dominicana, Perú y España.

No es mi objetivo detallar en este escrito la historia del proyecto; sin embargo, sin ese punto de partida es difícil analizar el proceso que, a fecha de hoy, ha dado vida a cuatro cohortes de la Escuela Yo Mayor y ha atendido a más de 900 personas, incluso después de haber finalizado la pandemia en el mundo; sobre todo por lo que significa recordar los rostros de alegría de los participantes de esa primera generación de 2020 cuando tuvimos el primer encuentro de inducción.

Mi intención consiste, entonces, en hacer una reflexión personal sobre las metodologías con las que, desde la Fundación Fahrenheit 451, hemos trabajado con diversos grupos poblacionales, tales como personas con discapacidad, niños y jóvenes víctimas de violencia y el conflicto armado, personas privadas de la libertad y que, obviamente, también hemos aplicado en este proceso con población adulta mayor. Asimismo, dar un viso de las didácticas personales que me han funcionado para aplicar dicha base.

El Diálogo Horizontal, la base de todo

En el conversatorio en la Fiesta del Libro, Margarita cuenta que llegó al programa por casualidad, por invitación de su amiga Hilda Posada, quien en la segunda Escuela de Yo Mayor, en 2021, iba a ser tutora. Margarita estaba dudosa, dice que le daba pereza la idea, pues ella, si bien escribe desde lo académico, no se imaginaba en este espacio haciendo cuentos. “Entré [a los encuentros virtuales] y empecé a mirar como socióloga”, dice; y continúa:

Me encontré de las cosas más maravillosas que he visto como activista social que siempre he sido: en medio de la distopía que se presentaba por la pandemia, del encerramiento, del pánico generado a la tercera edad, [la Escuela] llegó con una mirada esperanzadora de construir una utopía dentro de la distopía, reunía una memoria que el país necesita; a partir de formas que no son competitivas, individualistas y enfermizas.

Esas formas no competitivas han sido un eje esencial en el modo de trabajo de la FF451 desde su constitución en 2007. Nunca nos ha interesado que haya personas que destaquen más que otras, y muchos menos que nosotros los profesores seamos vistos como panaceas de la verdad y el conocimiento. Al contrario, el objetivo desde el momento uno es pararnos desde la horizontalidad,

advirtiéndolo que somos más bien una especie de guías de lo que puede suceder en ese espacio grupal.

Es lo que el pedagogo brasileño Paulo Freire plantea en su libro *La Pedagogía del Oprimido* (1968): en lugar de una “educación bancaria” (donde el educador deposita conocimientos en los estudiantes), es más importante un modelo dialógico en el que se aplique la escucha activa para entender y apreciar las múltiples voces presentes en el aula. A esto, Freire lo llamaba “diálogo cultural”, donde reconocía la diversidad y valoraba las diferentes formas de conocimiento como una estrategia para fomentar la reflexión crítica. Es en este diálogo, dice Freire, donde la escucha y la reflexión conjunta juegan un papel crucial en la construcción de conocimiento.

Los temas que proponemos se exploran a través del diálogo y la reflexión crítica. La escucha, entonces, se convierte en un componente esencial para comprender las experiencias y perspectivas de los estudiantes.

Con cada uno de los grupos poblacionales con los que hemos tenido la oportunidad de trabajar durante estos quince años partimos de esa escucha y el diálogo horizontal como la base para generar conversaciones y reflexiones que quizás muchos estudiantes no se habían hecho públicamente. De este modo, por ejemplo, a través de la lectura de un cuento, un poema o una crónica, conseguimos que jóvenes y adultos con síndrome de Down reflexionen sobre la relación con sus padres, sobre sus libertades o sobre sus inquietudes sexuales y amorosas; también les ha permitido a personas privadas de la libertad conversar sobre sus sentimientos, sus anhelos y frustraciones; o a habitantes de calle sobre su relación con la ciudad o los recuerdos que tienen de su familia. El objetivo formativo nunca ha intentado resultar en importantes o complejos escritos, sino en la conversación misma que se genera a partir de lo abordado en el aula, bien sea presencial o virtual.

Con población adulta mayor la premisa ha sido la misma: a partir de relatos escritos por las mismas personas mayores y de una intencionada escogencia temática, se generan espacios de discusión y reflexión que les permiten a los participantes abrirse, motivarse, empatizarse con la historia que está allí contada y con la persona que la cuenta. Algunos se animarán a poner en palabras escritas lo que el profesor ha propuesto como ejercicio, pero nunca va a ser una obligación escribir, pues los tiempos de cada uno son diferentes. Tampoco va a hacerse un minucioso cuestionamiento por el estilo narrativo que el estudiante hizo en el texto, o incluso si se desvía un poco de la temática. El relato construido por los participantes no tiene sentido por la forma, sino por la intención.

Debido a las dinámicas virtuales y de carácter nacional (e incluso internacional) sobre las que está organizada la Escuela virtual de Yo Mayor, hemos constituido grupos supremamente heterogéneos, en los que los participantes cuentan con diferentes niveles educativos, también son de distintos territorios, con una obvia diversidad cultural, e incluso económica. El único requisito que los unifica es que sean mayores de 55 años, pero dentro de ese espectro el grupo se compone de personas con variadas profesiones u oficios, algunos con una previa experiencia en Escritura Creativa, incluso ya con publicaciones; otros probablemente sin haber escrito una sola oración

desde hace décadas, pero con un interés particular por la escucha y la conversación con pares. Algunos, debido a sus trabajos, manejan con más solvencia las nuevas tecnologías: el computador con los programas de reunión virtual, los enlaces y archivos dentro de sus correos o WhatsApp, por ejemplo; mientras que otros batallan, solos o con ayuda de sus familiares, para ver el contenido que desde la Escuela se les comparte o, incluso, para intentar prender el micrófono en medio de una clase.

Pero esas heterogeneidades son las que han hecho un diferencial en lo que es esta Escuela Yo Mayor. En un taller presencial es más difícil armar un grupo tan diverso, mientras que acá, como lo dicen los mismos participantes, esa posibilidad de que haya personas de Bogotá, Arauca, Nariño, Antioquia y Atlántico en un mismo espacio les permite conocer perspectivas y prácticas culturales que no conocen, se dan cuenta de los puntos en común y las diferencias en sus crianzas, en las relaciones con sus familiares, en las variaciones de sus leyendas o de las celebraciones de las festividades colombianas.

La profesora Julia Reyna lo sintetiza de la siguiente manera:

“Para mí [La Escuela] es identidad nacional: personas de muchos rincones de Colombia que ahora permanecemos conectados. Ha sido identidad de género: hombres y mujeres por igual todos los días leyendo y escribiendo. Ha sido intercambio de generaciones, porque nosotros, siendo mayores, estamos con nuestros profes que son mucho más jóvenes. Es libertad de escritura y búsqueda del estilo”.

La didáctica

Ya vimos, entonces, que en la FF451 partimos de entender la formación como un proceso dialógico y liberador, centrado en el diálogo entre educador y educando (Freire, 1968); sin embargo, el modo en que impartimos las clases cada uno de los profesores es completamente diferente. A ese conjunto de técnicas y métodos que cada profesor aplica en un aula de clase para ejecutar la metodología pedagógica se le conoce como “didácticas”, y para que funcionen de manera asertiva dependen mucho de los modos de ser del docente, de lo que cree puede funcionar en un aula, del modo en que mejor conecta con la gente.

Veamos mi caso particular. Yo tengo muy claro que una de mis características personales es mi dificultad en ser el centro de atención por mucho tiempo, más aún si hablamos de entornos con muchas personas desconocidas. De hecho, durante muchos años sufrí de pánico escénico, lo que evidentemente hacía muy difícil la idea de ser profesor. Sin embargo, esa misma incomodidad que tenía para hablar en público fue la que determinó, en términos generales, el modo en que ahora dicto todas mis clases y/o talleres, bien sean en el marco del trabajo con la Fundación o en la Universidad (y creo que han dado buenos resultados).

Me explico: cuando empecé a dictar clases o talleres, me costaba mucho concentrarme y enfocarme en un discurso catedrático recitado porque, mientras hablaba, en mi cabeza empezaba a hacerme preguntas invasivas: *¿Qué estarán pensando de lo que estoy diciendo?, ¿por qué esa persona me está mirando de esa manera?, ¿será que dije alguna tontería y no me di cuenta?, ¿estaré divagando?, ¿los estaré aburriendo?* Eso hacía que, en vez de hablar de corrido, permanentemente estaba preguntándole algo o pidiéndole un comentario a alguno de los asistentes mientras yo iba aclarando mi cabeza. Al poco tiempo me di cuenta de que, a partir de esas respuestas que me daban o el comentario que hacían, yo seguía enrutando mi línea temática y, además, el espacio se había vuelto cien por ciento participativo.

Con el tiempo, creo que he medio superado el pánico escénico (la primera sesión siempre me cuesta, a pesar de que nadie lo note); sin embargo, mi estructura didáctica se ha mantenido bajo una premisa esencial: yo no voy a durar más de cinco a siete minutos sin interactuar con alguien del grupo. Esa decisión empieza a alimentar desde el primer momento la idea de que yo no vine a traer explicaciones de cómo son las cosas (así se debe hacer un cuento, así se debe escribir, de esta temática es que deben hablar), sino que vinimos a conversar y proponer entre todos. Dentro del aula, bien sea virtual o presencial, mi principal rol en la clase depende de mi capacidad de observación: ver quiénes son las personas más participativas; quiénes son muy callados, pero están muy atentos; quiénes son más dispersos e inconstantes, etc.; y, sobre eso, vamos dirigiendo el espacio para que todos vayan teniendo cabida.

Aplicar la escucha activa es esencial, porque precisamente cada comentario, intervención o pregunta del estudiante debe ser validada, reconocida. En nuestro rol como guías del espacio, es la validación de esa intervención la que empieza a aumentar la confianza en personas que hablan poco, que participan por primera vez o que quizás nunca se habían animado a escribir o leer en público un cuento. La clave consiste en no dejar desviar la línea temática que uno tiene pensada, pero debe ser enlazada con las intervenciones que están haciendo los estudiantes.

Uno de los ejemplos más emotivos es el de don Jaime Isaza (q.e.p.d.), una de las personas más longevas que tuvimos en la primera versión de la Escuela (2020), y que lamentablemente falleció en el 2023, a la edad de 94 años. Don Jaime se conectaba desde un computador en el centro geriátrico donde vivía, siempre estaba muy elegante, con la cartilla impresa y la tarea propuesta hecha a mano.

En un grupo de 20 personas, donde la mayoría tenían entre 60 y 70 años, obviamente don Jaime tenía anécdotas y perspectivas que alimentaban las conversaciones de cada semana. Siempre, mi primera reacción, antes de empezar la clase, era saludarlo y conversar un poco con él, saber cómo había estado la semana, cómo le había ido con los ejercicios; siempre me respondía muy emocionado mostrándome el cuaderno o las hojas en las que había escrito. Ya en el transcurso de la clase, es común que haya estudiantes más extrovertidos y participativos, que siempre tienen mucho por decir y, de hecho, muchas veces se extienden más de lo necesario. Es allí donde, en nuestra labor como guías del proceso, debemos intentar frenar la intervención sin que la persona se sienta acallada o cohibida. La mejor manera de hacerlo consiste precisamente en hacer un

comentario sobre lo que nos están contando y, acto inmediatamente seguido, hacerle una pregunta al estudiante introvertido que generalmente no participa. Este era el caso de don Jaime: pocas veces levantaba la mano cuando yo hacía preguntas abiertas, pero si le preguntaba directamente algo, siempre habría una anécdota por contar: breve, contundente y llamativa.

A don Jaime siempre se le notó muy feliz y emocionado. Beatriz Isaza, su hija, recuerda así lo que la Escuela significó para él:

Participar en Historias en Yo Mayor fue muy significativo para mi papá [...] Como siempre fue muy vanidoso, cada ocho días él buscaba una pinta elegante y un sombrero para poder estar en las clases. Participaba muchísimo, le encantaba que se interesaran en sus historias, en sus anécdotas y, sobre todo, poder hablar del gran amor de su vida: de Chiqui, mi mamá, quien había muerto hacía dos años.

Historias en Yo Mayor hizo que mi papá se sintiera orgulloso de ser parte de un proyecto tan importante, un proyecto que alteró la rutina de su vida, que le dio un nuevo aliciente, activó recuerdos, lo animó a escribir, le regaló nuevas amistades; sentía mucha admiración y cariño por su profesor Mauricio, que siempre fue muy cálido y lo ayudó a ganar cada vez más confianza.

La memoria en el papel

Durante las siete semanas que dura la Escuela existen espacios de difusión en los que se visibiliza todo lo que va pasando en el aula virtual. Así, de lunes a viernes, en horas de la noche, sucede uno de nuestros componentes más exitosos: Un Club de lectura virtual en el que, a través de YouTube y Facebook, un grupo de voluntarios jóvenes lee y comparte sus apreciaciones sobre algunos de los cuentos que se han escrito esa semana en la Escuela. Son alrededor de cinco cuentos que se leen en voz alta mientras, en simultáneo, los estudiantes de los diversos grupos van comentando y dando sus apreciaciones, bien sea desde la calidad del cuento hasta cómo esa historia les rememora a ellos otras. El proceso del Club de lectura no solo permite la validación de ver los procesos en que está cada estudiante, sino que amplía la perspectiva de la memoria desde diversos ángulos. El cuento no se queda solo en un correo que fue leído por el profesor, sino que hace parte del proceso de todos los estudiantes.

La Escuela no está pensada para acompañar proyectos de largo aliento; es más bien un motivador, un activador de recuerdos. Cada estudiante se relaciona con la escritura de manera diferente. Para don Jaime fue una oportunidad para rendirle un homenaje a su esposa “Chiqui”, la mayoría de los relatos trascendieron por ella y su memoria.

En el caso de las profesoras Julia Reyna y Margarita Peláez, en la escritura encontraron una manera de soltar recuerdos que no habían podido sanar:

Yo tenía trancado algo que me marcó en mi infancia [...] Y Yo Mayor fue recuperar la memoria de los momentos más impactantes que nos cambiaron la vida en todas las etapas [...] A nosotras nos ha sanado la literatura, dice Julia.

En Historias en Yo Mayor hicimos una común unión, de encontrar un país desfragmentado, deshilachado y supimos que esto construye identidad de nación [...] Me llevó a pensarme a mí misma, en una escritura sanadora que yo recopiló. En un proceso individual y no colectivo [...] Me descubrí haciendo literatura. Y ahí empezó una forma de disfrutar y de sanar mi propia historia, agrega Margarita.

Otro caso muy llamativo es el de Martha Lucía Cardona, una mujer de Medellín, quien desde el primer día tenía claro que deseaba escribirle una serie de cartas a su nieta para dejarle un recuerdo. Al inicio se decepcionó cuando vio que la metodología no le permitiría escribir exactamente sobre lo que ella quisiera, pero rápidamente descubrió que podía utilizar las temáticas de cada semana para inspirarse; así, el resultado de su proceso fue una serie de siete epístolas en las que le habla a su pequeña nieta de la Medellín de los años 60, o de cómo se conoció con su abuelo, o de cómo eran sus padres cuando niños, o de los mitos y leyendas que a ella le contaban cuando niña, o de las tradiciones familiares. Así cerraba la última carta, escrita en la semana 7 de Somos nuestros viajes:

[...] Luego viniste tú, Martina, la Maravillosa. Cuando naciste, prometí que no volvería a trabajar tanto, para poder ejercer el abuelazgo, estado que he podido disfrutar al máximo. Te quiero decir que eres mi melocotón y te amo más allá del infinito.

Este proyecto lo había pensado desde hacía mucho tiempo, con tan buena suerte que tuve la oportunidad de que me admitieran en la Escuela virtual de Yo Mayor, quienes me ayudaron a concretarlo y poder escribir estas cartas que espero conserves hasta cuando estés grande.

Mi camino seguirá en la búsqueda para ser mejor persona cada día y que siempre recuerdes a tu abuela como una persona que ha tratado de vivir la vida de la mejor manera tratando de respetar al prójimo.

Sin más, tu abuela, orgullosa de ti.

En unos años seguramente Martina, la nieta de Martha, reconocerá el valor de este legado.

Refugio de la memoria

Determinar cuantitativamente los logros que ha erigido la Escuela es muy difícil. Pero cada una de las experiencias aquí recopiladas -y de todas las personas que han pasado por nuestras aulas virtuales- revelan la profundidad y el impacto que otorga el diálogo horizontal y la escritura.

En el tapiz de la vida, cada uno de nosotros teje hilos de recuerdos, experiencias y emociones que conforman la trama de nuestra existencia. En este viaje, el envejecimiento se convierte en un capítulo fundamental, donde la memoria emerge como un faro que ilumina nuestro camino, recordándonos quiénes somos y de dónde venimos. En este contexto, la narración y la escucha se convierten en actos capaces de tejer puentes entre generaciones, culturas y experiencias. A través de la escritura y el diálogo horizontal, las personas mayores encuentran un refugio donde sus historias son valoradas, donde el eco de sus voces resuena en el corazón de quienes escuchan.

Cada palabra escrita y narrada es un testimonio de vida, un tributo a la fortaleza y la sabiduría acumulada a lo largo de los años. En la Escuela Yo Mayor, estas palabras se convierten en hilos de conexión, entretejido por una red de experiencias compartidas que trascienden las barreras del tiempo y el espacio. Aquí, la memoria no es solo un acto de recordar, sino un acto de resistencia contra el olvido, una celebración de la riqueza y la diversidad de la experiencia humana. En este refugio, las personas mayores encuentran un espacio para sanar heridas del pasado, para honrar a sus seres queridos y para reflexionar sobre el significado profundo de sus vidas.

Y en el otro lado de la mesa, aquellos que escuchamos nos convertimos en testigos de la humanidad en su forma más pura, aprendiendo lecciones de resiliencia, amor y esperanza que solo el paso del tiempo puede impartir. En este refugio de la memoria, nos encontramos con la verdad eterna de que, aunque el tiempo pueda borrar nuestras huellas físicas, nuestras historias perdurarán en el tejido del universo, recordándonos que nuestra voz nunca será silenciada mientras haya alguien dispuesto a escuchar.